

DISCURSO DE D. VÍCTOR BALAGUER, LEIDO EN LOS JUEGOS FLORALES DE ZARAGOZA

De este notabilísimo documento, debido al ilustre poeta y literato catalán, tomamos los siguientes párrafos:

«Estas fiestas literarias, despojándose gallardamente de todo carácter exclusivista, han encarnado ya en el pueblo español, revisten carácter nacional y han venido á ser en cada comarca una manifestación viva que responde á un sentimiento público.

Por esto, allá florecen hoy, lo mismo en la ingente Cataluña al pie del riscoso Monserrat, donde en su trono de peñas y en su nimbo de nubes y de estrellas aparece la *Morenita de las montañas*, patrona de los catalanes, que en la bella Valencia, donde todo es luz y amor, y encanto y gloria: lo mismo allá, en las regiones donde mora el valeroso astur, al pie de los sagrados y patrióticos recuerdos de Covadonga,—y también en la verde Galicia, donde la tradición afirma que aportaron un día los legendarios héroes de Homero, proscriptos de Troja, para darle origen y nombre,—que en los floridos verjeles de Andalucía, donde, envuelta en su blanco alquicel, las acoge la morisca Granada y les dan asilo y hospedaje Córdoba la sultanas y la sin par Sevilla, que de seguro encuentran reflejados en las trovas lemosinas el carácter, el genio y el arte de los arabigos cantares: lo mismo en el corazón de la vieja y heroica Castilla, suelo afortunado, escogido por un monarca aragonés y una Reina castellana para reconstituir la patria española,—y en los montes donde vive el euskaro, custodio fiel de su lengua, sus tradiciones y sus fueros,—que aquí al pié del historial Pirineo, en este monumental Aragón, majestad suprema y sagrario de recuerdos, donde precisamente acaba de celebrar la antigua Bilbilis,

patria de Marcial, certámenes que han tenido gran resonancia, presididos por vuestro Faustino Sancho y Gil, uno de los próceres y primates de vuestras letras.

España toda, nuestra querida España, en estas dos últimas décadas, ha visto celebrar Juegos florales en sus principales ciudades, junto á sus históricos rios, al pie de sus abruptas sierras, orillas de ecos dos grandes mares que tienden amorosamente sus brazos para estrecharla en ellos, y que, mientras el uno, el Mediterráneo, le trae con el murmullo de sus olas los ecos de los cantos provenzales y el recuerdo de las jornadas de Italia y de Turquía, de Nápoles y de Atenas; el otro, el Océano, es su vía láctea por las aguas, es decir, su camino de estrellas y de triunfos, el que conduce á ese nuevo mundo por ella descubierto: á las islas Filipinas, imperio vastísimo y prodigio del orbe, á la perla de las Antillas, á la flor de Borinquen, y también á todas esas otras lejanas regiones que, aun á pesar de su independencia, se llaman *Américas españolas* y en las cuales viven, y vivirán, la tradición de nuestra raza, la lengua de nuestros mayores y el genio de nuestra madre España.

Los Juegos Florales responden, pues, á un sentimiento y obedecen á necesidades de vida espiritual y de exaltación de alma, que deben ser tomadas muy en cuenta por los gobiernos y por los hombres pensadores que desde el centro tienen obligación de saber, de oír y de sentir lo que ocurra en las provincias, sobre todo en un país como el nuestro, donde las provincias fueron reinos y naciones, y se acuerdan de ello. Para gobernar y dirigir, desde el centro, países como España, se necesitan sensaciones de tacto, primores de vista y sutilezas de oído como no son necesarios en otros.

Los Juegos Florales obedecen, es verdad, á un movimiento de regionalismo, como ahora se llama; pero el regionalismo, entendido como debe ser y como no puede menos de ser,—porque de no ser así dejaría de ser regionalismo,—es, dentro de la nación, el patriotismo de provincia, así como el patriotismo es el regionalismo de nación dentro del concurso de los pueblos y los reinos.

Obedecen, sí, á ese sentimiento de regionalismo natural y lógico en el hombre que ama su hogar y su familia dentro de su patria; pero obedecen, obedecen también muy principalmente á otras poderosísimas y naturales causas.

Obedecen á la necesidad que tienen los espíritus regionales de

dar expansión al alma y alzar su voz en el gran concierto del pensamiento humano, cada uno desde su hogar, sin obligación de acudir al centro; que, para orar, no es preciso ciertamente que todos se convoquen y se reúnan en un mismo templo.

Obedecen á ese sentido práctico de concentración y defensa que nos mueve á combatir el absentismo, tan fatal para la vida de los pueblos, y que cobra tan alarmante desarrollo; y obedecen á ese sentido patriótico que nos obliga a resistir la atracción fascinadora del centro, que todo parece quererlo absorber, sin fijarse en que cuantas concesiones se hagan á la uniformidad, siempre peligrosa, otros tantos agravios se inferen á la unidad, siempre salvadora.

En buen hora que viva y aliente la política en el centro, Natural es que así sea, porque allí esta su asiento, allí el jefe del Estado, allí los representantes de la nación convocados en Cortes, allí el Gobierno y allí su manera de ser y de vivir. ¿Pero la literatura? ¿Pero la poesía?... ¿Quién ha dicho que la literatura y la poesía residen en el centro y sólo en él tienen su vida?

Precisamente en España, por las circunstancias excepcionales de este país, á los filósofos, á los historiadores, á los literatos, les place vivir al amor de su lumbre, en sus casas solariegas, junto á los recuerdos que han de evocar, cerca de los archivos que han de ofrecerles materiales para sus estudios; y en cuanto á los poetas, ¡ah! en cuanto á los poetas españoles, hay que desengañarse, por regla general son como los ruiseñores: sólo cantan cerca de su nido.

No es, pues, este movimiento de Juegos Florales un movimiento ficticio y pasajero, no. Obedece á éstas y todavía á más profundas causas, si bien se estudia. Este despertamiento literario de independencia intelectual que se extiende por toda España, no es, no, la luz serpenteadora del rayo que deslumbra y desaparece en seguida; no es el fuego fatuo que vaga en torno de los sepulcros, ni es tampoco una voz arcáica del pasado salida de en medio de abandonadas y solitarias ruinas, no por cierto. Es una cruzada moderna que marcha con tambor batiente y banderas desplegadas a la conquista del porvenir; es una falange literaria compuesta de escritores y poetas de sangre azul, entusiasta, patriótica, generosa, que avanza en nombre de la civilización y la fraternidad; es una religión que ha comenzado por levantar un templo y que envía por todas partes apóstoles á predicar la buena nueva.

Trovadores y poetas de una nueva era, estos cruzados de los Juegos Florales, al propio tiempo que se inspiran con recuerdos, se nutren de esperanzas; viven de la poderosa vida de las generaciones modernas; sienten tictactear en su cerebro las pulsaciones de vida de un pueblo libre, y si ahondan y escarban la tierra para descubrir los restos de varones de pasados siglos bajo las marmóreas losas donde yacen en paz eterna, no es ciertamente para vestir sus mohosas armaduras, sino para buscar ejemplos de prácticas enseñanzas en sus actos de patriotismo; para ofrecer nobles modelos de virtudes á las generaciones modernas; para honrar servicios prestados por los que fueron, lo cual es pedir nuevos servicios á los que son; para demandarles una centella de aquel entusiasmo caballeresco que les impulsaba á hacer del amor un culto, un rayo de aquella fe que les alentaba en las grandes tribulaciones del alma y en las rudas tempestades de la vida, y un hálito de aquel espíritu patriótico y de aquella rectitud de criterio que les hacía mantener el derecho, la ley y la patria contra cualquiera, fuese quien fuese, pequeño ó grande, que osara atentar a sus inmundades sagradas.

Tales son la expresión, la idea, el sentimiento de los Juegos Florales. Así han de ser ellos al menos, ó no tienen razón de ser.»

